

## ES DIFÍCIL DECIR ADIÓS

El tiempo y su fugacidad, su poder de generar cambios, ha sido siempre un tema importante en la ya nutrida obra de Kevin Mancera. Y lo es también como idea articuladora de su nuevo libro de dibujos, *Sin tu luz vivo triste*, que él dedica a la memoria de su abuela, fallecida recientemente. Este título nos remite a un diálogo (figurado) entre el yo dolido del artista y la abuela ausente, evocada a través de la metáfora de la luz, con todas sus connotaciones de calidez y fuerza orientadora. Todo parecería, pues, llevarnos a un terreno íntimo, sentimental. Y, sin embargo, ninguno de estos conceptos nos serviría enteramente para calificar esta obra, aunque de vez en cuando emerjan aquí y allá rasgos sentimentales, sobre todo en los textos de carácter popular que acompañan los dibujos.

Es verdad que encontramos en el libro, aunque de forma escasa, la imagen de la abuela desaparecida, evocada sin patetismos ni rasgos lacrimosos. Pero, como siempre, Kevin apela a un mundo de representaciones amplísimo, donde la ambigüedad y el misterio connaturales al arte lo salvan de caer en obviedades. En casi todos los dibujos de *Sin tu luz vivo triste* podemos ver, eso sí, alusiones a la ausencia, la muerte, la memoria, lo irrecuperable, lo añorado o lo perdido, a veces de manera tan sutil como en aquel que representa la miosotis, la planta conocida como Nomeolvides; y en muchas otras ocasiones en referencias a la extinción de especies, algo que le ha interesado siempre. Vemos así, por ejemplo, una imagen del último guagga, una especie de cebrá bellísima, que fue exterminada por cazadores a finales del siglo XIX en las llanuras africanas. O del gran alca gigante, que carecía de vuelo, y que también fue víctima de los hombres que perseguían sus huevos o sus plumas. Pero también se representa la muerte en toda su evidencia: las cabezas cortadas de los ciervos, el perro convertido en cadáver, la calavera de la que nace maleza. O la soledad del que queda, o del que la intuye, como aquel oseño que pegado a la osa anticipa ya la falta que le hará algún día su compañía.

Como ya es una constante en la obra de Kevin Mancera, la imagen se correlaciona con la palabra, que me aventuro a conjeturar está en el origen de buena parte de sus dibujos. Se trata de aforismos, letras de canciones, explicaciones científicas, frases lapidarias, que sugieren, completan sentido o son comentarios humorísticos o irónicos. “El tiempo nos consume”, “tarde o temprano todo tendrá que caer”, “aquí no van a quedar ni sombras”, “algo nuevo tendrá que nacer”, son algunos ejemplos de títulos o acotaciones cuyas letras son también dibujo, a veces con reminiscencias del arte popular o de los manuales de letras para aprendices, con algo de *naif*, de gótico, o de esperpéntico.

\*\*\*\*\*

El dibujo, como la palabra y en general el arte, es muchas veces un intento de recuperación de lo inalcanzable: de los ausentes o de los lugares añorados. Una manera de devolvernos la presencia, pero “tocada” por el espíritu de quien la recrea, de las aportaciones personales del artista, de sus

experiencias y sus ideas. En ese sentido, no son reproducción de la realidad sino realidades independientes revitalizadas por la memoria. En tal sentido, son una victoria contra el olvido – un deseo de inmortalización de lo plasmado- pero también un fracaso, una derrota, porque la distancia con lo ausente persiste. Y en el caso del dibujo, concretamente, porque este se puede ver pero no nos ofrece lo que ofrecería el tacto. Y, sin embargo, esa experiencia táctil está ahí, aunque sólo para nuestros ojos, nuestra mente y nuestro sentimiento. Y eso, en el caso de Kevin Mancera, lo logra el oficio, esa virtud tan desdeñada hoy por cierto “arte”, y sin embargo tan reconocible siempre y siempre tan admirable.

Y es que el oficio que muestran estos dibujos nos lleva, indefectiblemente, a pensar en el dibujante y también en el placer – y en la dificultad- de dibujar. En las muchas horas invertidas en ellos. Pero, sobre todo, en la cantidad de pasión, de concentración, de persistencia que revelan. Los trazos de Kevin Mancera no son, como los de muchos dibujantes, sinuosos, o evanescentes. Yo diría que son rotundos, concretos, contenidos por sus contornos. Y por eso su movimiento no es el que poseen los seres en el mundo cotidiano, sino otro, que nos habla del dibujo mismo y del acto de dibujar. Porque el artista no está buscando que tengamos una sensación de realidad – ni deseos de parecerse a un modelo- sino que percibamos una realidad alterna, la que crean sus líneas minuciosas: los cuerpos oscuros, los ojos muertos, las extrañas cabelleras. En sus dibujos, sin embargo, encontramos la textura blanda de las aves y la hirsuta de la pelambre de los animales, la elástica de los músculos, y en sus figuras hieráticas, la dureza de la piedra. Pero detrás de la apariencia – palabra que viene de aparecer- hay otra cosa: algo que se dice a medias, un silencio último, un sentir, un conocimiento, determinado por eso que se llama *estilo*, que es la técnica expresándose más allá del mero quehacer. Es decir, como necesidad, como imperativo. Y una presencia irrefutable de lo físico, con todo lo que hay en él de precedero.

Como en toda su obra, detrás de *Sin tu luz vivo triste* adivinamos un mundo de referencias enorme y muy ecléctico, que nace sin duda de la curiosidad investigativa y de la sensibilidad de la mirada. Algo hay en lo que vemos de las ilustraciones de libros científicos, del arte antiguo, griego y romano, de las láminas de los textos infantiles, de representaciones clásicas de las culturas orientales y de esos mundos que llamamos “primitivos”. También diría yo que hay recursos del arte popular, con toques de folclor, y que se nos remite con la misma naturalidad a lo exótico, lo libresco, lo lejano en el tiempo, lo local. El ojo no se cansa mientras contempla estos dibujos y busca relacionarlos, porque Mancera nos lanza todo el tiempo hacia lugares insospechados.

\*\*\*\*\*

*Sin tu luz vivo triste* es muchas cosas: Un ejercicio intelectual donde hay reflexión, investigación, humor, distanciamiento. Una obra donde el dolor se manifiesta de muchas maneras, pero siempre sin solemnidad. Donde hay lugar para lo personal, la nostalgia, la desesperación, el miedo, pero también para realidades que nos atañen a todos, y que tienen que ver con la naturaleza y nuestra

pulsión depredadora. Pero también, y sobre todo, una muestra extraordinaria de dibujo, sin más. Con todo lo que hay en ella de fe en el quehacer artístico y de placer.

PIEDAD BONNETT